

SISTEMA DE ALERTAS A LA POBLACIÓN

Por LUIS LOPEZ-BALLESTEROS

La campaña de Polonia hizo vaticinar a los observadores militares que la Aviación desempeñaría un papel preponderante y decisivo en el curso de la guerra. Los aviones de bombardeo en picado (*Stuka* es sólo abreviación de *Sturzkampfflugzeug*) arrasaron toda resistencia organizada y permitieron al Reich su primera victoria, rotunda en apariencia, no tan absoluta en méritos si pensamos que la *Luftwaffe* no encontró adversario, como no lo tuvo de su talla la Aviación aliada, que decidió la suerte de la guerra.

No se han equivocado dichos observadores, y si ahora admira el mundo entero la potencia aérea de las Naciones Unidas, y toda Fuerza Armada se desea una Aviación así, justo es que, viendo la devastación de Alemania, se piense en un progreso equivalente de la técnica y medios de defensa antiaérea activa y pasiva. Para nadie, profano o competente, es un secreto que sólo el avión puede al avión; pero a nadie se le ocurriría despreciar las barreras de globos, la niebla artificial, el enmascaramiento o los cañones antiaéreos. Por idéntica razón, ahora que la población civil deja de ser retaguardia para ser un combatiente más, de cuyo nivel tranquilo de vida, de cuya moral, facilidad

de trabajo y salud depende la producción industrial, cuna de la potencia aérea, se hace imprescindible dotarla de una educación y medios suficientes para protegerla de la ruina y de la muerte. Máxime ahora, que en caso de lucha puede hallarse expuesta a la acción de las bombas volantes de tipo descubierto o por descubrir.

Factor principal de todo saber es la experiencia propia o las barbas del vecino que mueven al remojo de las particulares. Creo, por tanto, de interés la publicación de cuanto relativo a este tema he podido presenciar o conocer durante mi estancia en Berlín y mis viajes por Francia y Alemania. Por falta de tiempo y espacio, he de limitar mi exposición al caso concreto de una ciudad que fué capital de más extensión de Europa y contaba cuatro millones de habitantes, cuya experiencia puede en justicia servir de modelo a cualquier aglomeración urbana. Lo más importante para el ciudadano en guerra, expuesto a bombardeos, lo que exige del Mando a toda costa y lo que más contribuye a evitar su desmoralización y la aparición de síntomas de pánico en la masa, es que se le avise el peligro, y, puestos a avisar, que se haga con tiempo.

El método es clásico ya e imposible de mejorar. Se reduce a toques de sirena, que, en combinaciones de sonido y duración simples, para poder ser comprendidas inmediatamente, advierten la llegada de aviones o proyectiles volantes y la vuelta a la tranquilidad. Ahora bien: al principio, bastaba un toque ininterrumpido, de tono alto y bajo alternativamente, y de tres minutos de duración, para señalar la proximidad de aviones adversarios (*Alarm*). Era el tan citado "aullido de las sirenas". Pasado el peligro, un toque regular y reposado, de tono constante, sacaba a la gente de los refugios (*Entwarnung*).

Creció el poderío aéreo aliado, se llenó el cielo de aviones, y al atacar Berlín desde varilas direcciones y con gran alarde de material magnífico—"Mosquitos" y "Fortalezas Volantes"—no se disponía de mucho tiempo para prepararse a sufrir el bombardeo. Por otra parte, la velocidad del "Mosquito" le permitía presentarse apenas apagado el eco de las sirenas. Se decidió entonces añadir dos toques de atención, formados por tres llamadas cortas de tono regular. Se daba la primera cuando se suponía que formaciones adversarias ponían proa a Berlín (*Voralarm*). No siempre seguía la señal de alarma, puesto que el cambio de ruta podía deberse a maniobras de distracción o al bombardeo de objetivos cercanos a Berlín, pero lejos en realidad del núcleo urbano. Cuando los últimos aviones abandonaban la ciudad sonaba la señal nueva por segunda vez (*Vorentwarnung*), indicando que no volaba ya ningún aparato sobre Berlín, pero que quizá pudiera ocurrírsele a alguno dar media vuelta y regresar. Durante el tiempo pasado entre la señal previa de alarma y la señal real, durante el toque de posible peligro pasado y falta absoluta de peligro no se interrumpía el trabajo, ni el tráfico, ni era obligatorio despejar las calles y acudir al refugio. Sin embargo, se ordenaba la preparación a la defensa y el estar en el puesto que a cada cual le correspondiera durante el ataque aéreo. Salvo alguna vez sin graves consecuencias, siempre hubo tiempo entre el aviso previo y la alarma para alcanzar cómodamente el refugio más cercano.

Todo esto garantizaba la tranquilidad personal del ciudadano, permitiéndole ponerse a salvo antes de que comenzaran a caer proyectiles. Bastaba la instalación de una serie de sirenas en puntos estratégicos, dependientes de un Mando central a las órdenes del Estado Mayor de la DCA, y un número determinado y suficiente de motocicletas y automóviles que, en caso de avería o destrucción de las sirenas, recorrieran los barrios siniestrados dando las señales con las que ellos llevaban. Sin embargo, los bombardeos no se limitaron a la descarga de una cantidad soportable de explosivos y materias incendiarias. A partir de noviembre de 1943, las devastaciones fueron de tal magnitud que el salvar la vida sólo no bastaba. La pérdida de ropas, documentos y dinero, quemados o destruidos, alteraba de tal forma el ritmo de la vida en retaguardia, que hacía imposible el milagro acostumbrado de una población bombardeada que al día siguiente ha bo-

rrado toda huella del bombardeo. Cientos de personas sin ropa significaban cientos de obreros faltando al trabajo. Anteriormente, los vecinos, prestando y cediendo parte de las suyas, remediaban el problema; pero más tarde los mismos vecinos carecían de todo. Por otra parte, el equilibrio moral, mantenido pese a la pérdida del hogar, se derrumbaba al sentir la imposibilidad de salvar bienes tan preciados como absurdos, tan necesarios como fútiles en apariencia. Existía la costumbre de llevar en la cartera todo lo más importante y bajar al refugio con un maletín que encerraba las cosas de mayor necesidad; pero ante la magnitud de los ataques, que, al ser diurnos también, solían sorprender al ciudadano lejos de su vivienda, éste se dejaba vencer por el pensamiento—y la realidad, desgraciadamente—de ser impotente para acudir a tiempo a salvar lo poco que el berlinés podía tener y que no podía comprar si lo perdía.

El nivel de vida alemán medio y la potencia de la industria germana habían hecho posible que apenas hubiera una casa sin aparato de radio. Desde el funcionario público hasta el millonario, a nadie le faltaba su "Telefunken" o su "Blaunpunkt" de más o menos lámparas, y las clases humildes y obreras, hasta las de menos recursos, tenían a su disposición un tipo popular de receptor construido en bakelita por la casa Siemens, cuyo reducidísimo precio le hacía aparecer en el despacho de la más pobre mecanógrafa o el taller del artesano más modesto. Por ello, cuando la RRF (*Reichsrundfunkgesellschaft*) por su emisora Deutschland comenzó a radiar cada hora un parte aéreo, todo berlinés acogió la medida con regocijo. Interrumpiendo la emisión cada sesenta minutos, llamaba el locutor al radioescucha:

—*Achtung, achtung. Wir senden die Luftlagemeldung. Ueber dem Reichsgebiet befinden sich...*

(Atención, atención; radiamos el parte de situación aérea. Sobre el territorio del Reich se encuentran..., y aquí añadía el número de aviones enemigos y su ruta aproximada.)

De este modo podía calcularse que se iba a gozar de una hora de tranquilidad, o que al volar aviones sobre regiones cercanas a Berlín, como Hannover, Dresden o Sttetin, podía suponerse próxima una alarma. El cálculo tenía que hacerlo el mismo ciudadano y no tenía otro defecto que el de siendo el radioyente profano en aeronáutica militar y desconociendo las características de los aviones adversarios, variaba con el bulo, la discusión y las suposiciones la posibilidad de alarma para Berlín. Los medrosos se inquietaban en cuanto asomaban fuerzas aéreas por el mar del Norte, los despreocupados las dejaban llegar hasta Potsdam sin hacer las maletas. Quedó subsanado este error o defecto con la autorización a la población civil para escuchar los partes transmitidos desde el Estado Mayor de la DCA a los puestos antiaéreos por radioteléfono.

Las autoridades indicaron que, uniendo con un alambre la antena del receptor de radio a una parte metálica del teléfono o a su cable, era posible escu-

char en una determinada longitud de onda, además del parte de la emisora nacional sobre la situación en todo el Reich, el parte de la DCA sobre la situación en la zona de defensa aérea de Berlín o relativa a ésta. No hubo quien no siguiera el consejo, claro está, y pronto se hizo popular la *Lulame* (*Luftlagemeldung*), una abreviatura más convertida en vocablo, a los que son tan aficionados los alemanes en su esfuerzo por acortar las interminables palabras compuestas de su idioma (como vimos en *Stuka* y como ocurre con *Flak-Fliegerabwehrkanone* o *Pak-Panzerabwehrkanone*, o incluso con *Gestapo-Geheimstaatspolizei*). Esta emisión puramente militar sólo aparecía en caso de peligro. Debíase, por tanto, tener un receptor en cada casa: el del portero, del jefe de oficina o del contraamaestre del taller, sintonizado en la onda correspondiente. De pronto, unos momentos antes de haber noticias, se avisaba con un toque de llamada. Primero fué un pitido corto a intervalos regulares, luego el tic-tac de un metrónomo. Antes de que la llamada desapareciera se había enterado la población de que el *Drahtfunk* (radioteléfono) iba a avisar algo. Entonces hablaba el locutor.

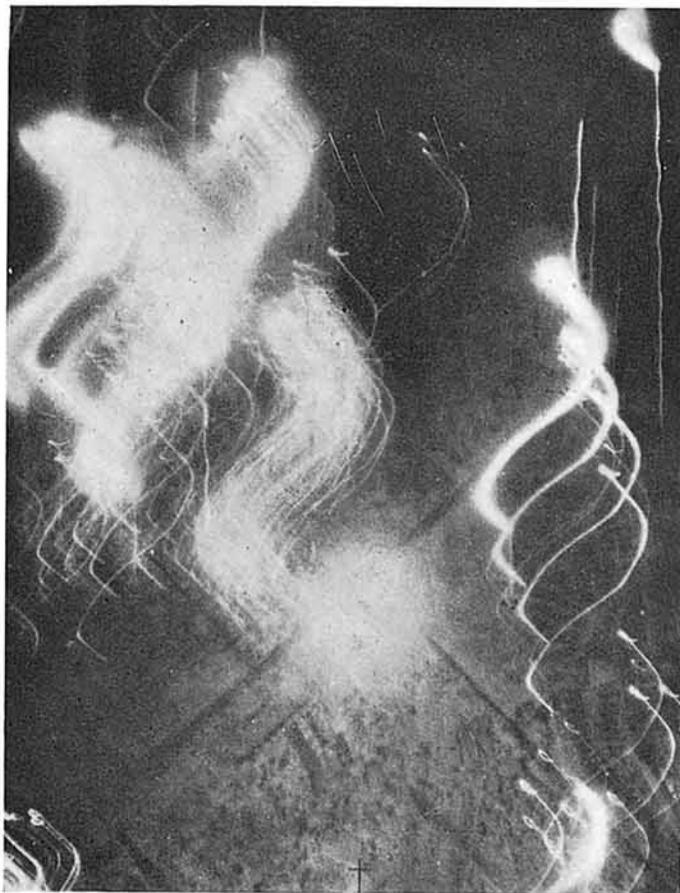
—*Achtung, achtung. Hier Gefechtstand Berlin. Wir geben die Luftlagemeldung.* (Atención, atención. Aquí el puesto de combate Berlín. Damos el parte de situación aérea.)

Inmediatamente se comunicaba éste, se volvía a llamar la atención, se volvía a repetir la lectura y al final se advertía si iba a venir un parte más.

—*Wir kommen wieder.* (Volvemos.)

Para que nadie cortara la emisión, y por si no se había escuchado el parte precedente, entre uno y otro no dejaba de sonar el metrónomo. Los partes indicaban generalmente lo siguiente: Primero, la presencia de aviones amenazando Berlín, su número, su clase (caza, "Mosquitos", bombarderos), su táctica (oleada, exploradores en cabeza, protección de caza, escuadrillas sueltas, aviones solos), su ruta, su situación, la dirección de procedencia, la nacionalidad y las intenciones que se les suponían (bombardeo de Hannover, maniobra de distracción, reconocimiento, ataque a la capital). Asimismo transmitía el parte la orden de dar para la ciudad la alarma previa, la alarma real, la señal de posible fin del ataque y de fin del peligro aéreo. Transmitía esta orden no para el conjunto de Berlín, sino progresivamente para sus afueras, suburbios y barriadas; de modo que se iba sabiendo en Moabit, por ejemplo, que la alarma dada en Potsdam se corría a Wannsee, a Grünewald, a Wilmersdorf, a Charlottenburg, suponiendo que esta fuera la ruta de los agresores. Hay que tener en cuenta la extensión urbana de Berlín, ya que si un par de "Mosquitos" volaban sobre Spandau, era innecesario alarmar a la población de Tempelhof, bastando con advertirla de que en el Norte volaban aviones adversarios.

Asimismo, la *Lulame*, repitiendo según las necesidades, cada diez, cada cinco, cada dos minutos, o comenzando un parte ininterrumpido, describía la acción del adversario. Avisaba cuando se iba a abrir fuego de cañón, cuando éste, silencioso, estaba permitiendo la acción de la caza, cosa importante para la moral



Bombas luminosas lanzadas sobre Berlín por aviones "señaladores de rutas".

ciudadana, que puede suponer al no oír más que motores y bombas, que éstas han destruído por completo las baterías o que se carece de munición suficiente para mantener las barreras de granadas, tendiendo así hacia el bulo derrotista.

Advertía la *Lulame*, además, cuando se esperaban las primeras bombas, dónde caían, qué barrios estaban siendo atacados, qué incendios se observaban. De este modo le era posible al ciudadano alcanzar una protección perfecta (en lo que a tiempo de tomarla se refiere), seguir paso a paso el ataque y conocer inmediatamente sus efectos.

Tiene esto muchísima importancia porque permite acudir desde donde se esté a casa o adonde quiera uno pasar el bombardeo aéreo. Allí puede uno, con prisa pero sin precipitaciones y sabiendo siempre el tiempo probable de que se va a disponer, recoger objetos, hacer maletas, preparar y tomar las medidas que se crean oportunas, acudir al refugio o al puesto que se tenga asignado, y allí, estése entre muros de cemento o a metros bajo la tierra, sintiendo el estruendo del ataque, saber a qué se debe y no padecer la angustia del qué pasará, qué encontraré cuando salga, cuándo caerá la bomba encima de mí. Además, por radioteléfono—no faltaba ningún receptor en refugios de dimensiones grandes—se llamaba a los inquilinos de casas sinietradas, a los hombres útiles de tal o cual calle, a los enlaces, jefes de barrio, jefes de bloque, etc., que no

necesitaban salir del refugio "a ver" y podían acudir en seguida con más probabilidades de vencer al fuego y salvar a los enterrados entre escombros y a los heridos, ya que en cada casa, bloque, calle y barrio quedaban siempre de servicio observadores, aparte del servicio militar de observación antiaérea, de la Policía y bomberos, que permitían al locutor del radioteléfono la rapidez y precisión de sus informaciones. Esta perfección en el sistema de alertar a una población ante el peligro aéreo, que ha funcionado sin fallo alguno desde el primer día hasta fines de 1944, que a mí me consta por experiencia propia, creo que es uno de los principales factores que han contribuido a hacer de la población civil berlinesa una de las que mejor moral han mantenido en medio de la tragedia que supone ver la ciudad devastada paso a paso, mientras se exigen a los habitantes sacrificios sobrehumanos sin objeto, ya que a partir de Stalingrado toda esperanza de victoria residía en la fe de que ocurriera un milagro, lo que viene a ser lo mismo que carecer de esperanzas:

Claro está que el sistema probado como eficiente sólo responde al peligro de ataque aéreo por aviones de cualquier tipo conocido, y que hoy en día las armas autopropulsoras como las bombas volantes dirigidas puedan quizá necesitar otro sistema. Creo, sin embargo, que son todavía los aviones el mayor peligro para una ciudad, y por tanto, para éstos para quienes importa organizar el sistema de alarma a la población civil urbana, que más que cambiar radicalmente sólo necesita evolucionar de acuerdo con el progreso de las armas agresoras. La acción de las armas V, en caso de presentarse en gran escala, es más bien comparable a un inmenso fuego artillero graneado que a un ataque aéreo. Eso al menos, sin ser técnico ni siquiera enterado en la materia, me hace suponer mi experiencia personal, que por completar la desagradable colección de tiros y bombazos sobre mi pobre persona sufrió también la acción de las V-1 en París, apenas acabado de abandonar por el Ejército germano camino de su agonía.

